

# La Codicia de Svetlana

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

La Codicia de Svetlana (por Daniel Bernardo Grimberg)

"La codicia nunca fue parte de la barbarie sino una forma de acentuar la independencia.

Se creó para disciplinar los sentidos al darles una única dirección.

Nadie quiere romper sus ligaduras con la tierra, todos quieren que el alma anide quieta en el cuerpo... por lo que no hay nada escandaloso en implementar sus cualificados métodos para que las promesas se cumplan.

La codicia mi querido amigo, se trata de los onerosos instintos que puso una santa divinidad para aquellos que tienen que caminar pesadamente por el mundo".

Estas fueron las palabras introductorias de un libro escrito en 1965 y parecieron ser de carácter obligatoriamente pedagógico

## I

He dicho que he llegado a la ciudad, donde Revenko me esperaba.

Era en la construcción de una solemnidad, pero no de una perfección:

La excelencia estaba entre lo real y lo imaginario.

En intuir razones para no aceptar la disolución de lo que había de común en nosotros.

No aventuré hipótesis, aunque a todo lo que me dijera, él lo rebatiría fácilmente.

Entendí que tenía una indisoluble unidad con la voluptuosa mujer.

Que había ramificado mi historia, dándole nitidez.

Las calles eran un orden simbólico que había que recorrer, aunque un

recién llegado al pueblo jamás lo entendiera.

Para él sería empobrecedor caminar por donde no había nada.

Pero esa era la regla suprema de los sentidos:

Encarrilar el caudal del deseo al volver domesticables a los impulsos.

Cada calle eclosionaba en esquinas en las que se divulgaban muy pocos (pero esplendidos) locales.

En algún costado se encontraría una autoridad, pero siempre estaba el ejemplo mudo de la estatua del hombre barbudo que había en el medio de la plazoleta.

La preocupación mayor de la gente era la de no ser ganada por el hastío o el aburrimiento.

Y seguir una decimonónica tradición que tal vez era condenatoria pero su ausencia engendraría a un claro desorden.

Revenko atravesó infeliz la plaza pública para llegar adonde yo estaba.

En sus rasgos sobresalía la anchura de sus labios y los inmotivados pestañeos que permanente te hacía.

Quería comprender con mayor precisión un planteamiento que él había hecho.

Y delimitar con su asistencia a las estupideces que decía con algún dato fluido de Svetlana.

Pero no se refirió a conversaciones anteriores, pero sí al escarpado fuego que se había instalado en una ciudad vecina dentro de nuestra querida Moldavia.

Que está más allá del río Prut, y tiene un nombre que suena incompatible en cualquiera de los lenguajes del mundo.

Y hay un ángel a la entrada que no tiene potestad alguna ya que está hecho de terracota.

Lo que me decía no tenía una intangibilidad mitológica, sino que había salido en todos los diarios.

Pero dio preeminencia a la suposición que tenía un impuro

desconocimiento.

El fuego había auspiciado una irresponsable destrucción, una ramplona censura al mundo heterogéneo.

Había atacado con cruel frecuencia a las pobladas llanuras y sus fundamentales epicentros que estaban alejados de las aguas.

Era como si la guerra se mantuviera viva en el aire.

Y el hombre se enriqueciera a través de un rojo que ya no era el de la sangre y la vida, sino el de la muerte.

Esa lógica de principio-fin ponía en un plano secundario a los sentimientos.

Revenko se inmovilizó.

Adujo que pronto las lluvias romperán al cielo, y que el agua quitará al fuego sus mal habidas ganancias.

Para mí, había sido innecesario hacer esa aclaración.

Ni puntualizar en que consistían las catástrofes naturales.

No quería saber nada que presentara nuevos obstáculos a lo único oportuno:

Tener alguna novedad (aunque fuera modesta o poco contundente) de Svetlana.

Ya no se podía inventar nada del mundo ni hacerle un favorable retrato.

La única elocuencia sagrada y sutil era la que hablaba de ella.

Y cualquier confrontación inútil que hiciera con Revenko, haría perder el arquitectónico carácter armónico que imprimía a mi personalidad.

Porque no había forma equilibrada cuando él utilizaba su erudición de matarife.

La vejada ciudad seguía sustentando sus altos edificios y el viento esparcía las ultimadas cenizas.

Ese era el hilo de su discurso entorpecido por mi afán de querer cambiar de tema.

En lo mínimo del crepúsculo, los fuegos que se creían perpetuos se extinguirán.

Pasaron como la tristeza o la inspiración que algunos llegaron a poner por escrito.

No había que avizorar al entorno para darse cuenta que todo seguirá en el plano de la continuidad:

La vida se articulará evitando entrar en contacto con el fuego.

Y el éxito de cada persona consistía en alimentar a su cuerpo y no a la sed.

Arrinconando con sus labios a una sonrisa, el hombre al fin mencionó a Svetlana:

Mejor dicho:

Al sueño que continuamente tenía y lo engañaba con que no estaba soñando, sino que se comunicaba ociosamente con ella en una mañana de las tantas en las que el tiempo impartía su regularidad al mundo.

Esa era su mística particular, aunque el menoscabara como una molestia a tanto misterio.

Marcó que no había mayor especificidad en esos diálogos:

Como era habitual él le hacía incendiarias invocaciones de amor sin aparente éxito.

Como siempre se sometía a sus radicales rechazos.

Lo más destacable era la insensibilidad de la mujer y la pujanza cotidiana que ponía como hombre.

La confrontaba al exigirle la claridad de un reconocimiento.

Quería que la mujer pusiera atención en donde había estado, cuando había llegado, y por qué se había ido.

Que tuviera la cualidad terminal de caracterizarlo como fundamental en su vida.

El sueño lo mostraba más seguro en sus intenciones.

Y muy vinculado a un futuro que como siempre carecía de fecha (sus búsquedas siempre eran semejantes mientras que sus esperanzas

terminaban siendo remotas).

Este no era el advenimiento de Svetlana, sino más bien un pensamiento abstracto.

Pero su amor era un barril sin fondo que iba mucho más lejos de esas configuraciones asimétricas que hacía en los sueños.

Era una virtud que no tenía un devenir y que tampoco desaparecería.

Y su mal formulada práctica del lamento conllevaba mi total indiferencia.

Svetlana habría estado echada en la calle con aparente desorden en sus ropas, observándolo y a la vez repudiando sus vivas y melodramáticas costumbres.

Su acercarse no le generaba alegrías ni mitigaba su aburrimiento.

Y como siempre había fronteras entre su cuerpo y las delicias que ofrecían.

Pero se trató de una vacía ficción.

Y Svetlana era alguien que en verdad ya no lo calumniaba con su cortante voz.

Su instinto ya no estaba puesto en sacárselo de encima ni hacer que obedeciera a su disciplina o al orden que debía haber entre los dos.

La brevedad del asombro que puso en sus expresiones faciales marcó a su desilusión.

Él había estado decidido a poner fin a su naturaleza tosca.

Y clamó que sus instintos no eran parte de sus debilidades.

Pero enseguida comprendió que eso era una fábula que nunca podría pasar un examen coherente.

Era un sueño en que las denuncias y los saberes no trascendían de la primera mañana.

Igualmente le dijo a Svetlana que él había dejado de ser un don nadie.

Y le recordó que alguna vez la había llevado al cine.

Él no creía en Dios porque sólo ella conformaba a su absoluto místico.

(Eso se lo expresó para hacerse vagamente el intelectual).

Hacia pesados trabajos sólo para verla.

Quería que le concediera el derecho de velar por su felicidad.

Svetlana lo miraba con osadía y persistía en su denostación.

Se había situado ahí, en el medio de esa equivocada calle, con la sola idea de reinstaurar a su típico desdén.

Ya ni siquiera tenía las gentilezas que antes creía que le correspondía recitar.

Enseguida Revenko me habló de cosas indescifrables.

Y me refirió que la aureola que veía alrededor de la cabeza de Svetlana tal vez era una ilusión óptica.

(Con esa premisa quiso eclipsar la entidad de su búsqueda).

Pero oía con precisión cada palabra con que Svetlana revestía a sus sueños.

Eso era lo maravilloso y excelso que tenía la práctica de dormir.

Svetlana caminaba por los intersticios de las incertidumbres.

Y protagonizaba anécdotas pasajeras a sabiendas que era partícipe de una representación que hacía la mente de ese hombre.

Ese era el dilema que estaba en la matriz de nuestro palpar:

Svetlana se hallaba en nuestros vertiginosos juegos de palabras, en las gruesas invocaciones que hacíamos del pasado, y en las estrechas paredes de mi hogar al que se llegaba después de subir por atascadas escaleras.

Aun nos observaba, aunque no lo hacía con benevolencia.

Y era una belleza sin paralelos ni contrastes:

El sólo verla nos había causado un gran placer estético.

Revenko no vio conflicto alguno en su ausencia, ya que su mente estaba

empapada con su irrealidad.

La podía rastrear sin dificultad en los momentos que literalmente recordaba.

La vida consistía en estar frente a un escenario teatral del que había que creer que lo fingido era verdadero.

Creer en el argumento muy complicado que se transformaba en algo confuso.

Esa mujer era un sentimiento complejo que nos organizaba la fe.

En sus parlantes rutinas a las que nunca había rehuido (pese a que su utilidad era nula), Revenko la evocó sensual y se adueñó de una inmoderada sonrisa.

Al hacerlo mereció mi lástima.

No estaba avergonzado de sus carencias.

Y él me miró desafiante.

Yo sabía que cualquier introducción que hiciéramos a ese tema terminaba siendo un largo e indiscernible reproche.

Pero entraríamos en una pavorosa mendicidad si demoliéramos las convenciones para ser sinceros.

Pero sentí la obligación de decirle que sus sueños no tenían eficacia, o que tal vez debería hacerle algunos ajustes.

Eran sólo una forma de renovar sus alucinaciones.

Y agregué sin suponerme irónico que había combinado en forma admirable la irrealidad con su típica somnolencia.

Era una interesante tentativa dormir para confiar enteramente en los sueños.

Yo amé a Svetlana, y también había creado una liturgia para su adoración que era como un altar en el que había que marchar ascendentemente, pero conducía a una ciénaga.

Había sido el indispensable rigor estructural que le había dado a mi vida.

En algún momento le había mentido diciéndole que era muy rico.

Y ella me abrió su habitación durante un emocionante lapso que estableció una especie de paréntesis a mis agobios.

Sólo aspiré a una desnudez que le daba un introspectivo sentido a mi alma.

Frente a ella mi estrategia consistió en blindarme con un prestigio y una jerarquía inquietante.

Era un hombre con gran cantidad de oro y acciones en bancos extranjeros.

Le hablaba de mis viajes y aventuras.

Y de los muchos hitos gloriosos en los que jugué un papel determinante.

Luego, mi disputa con Revenko fue ambigua pero también válida.

Fuimos contendientes que se dedujeron al tener los mismos hábitos y frecuentaciones.

Ambos nos considerábamos frente a Svetlana paladines del bien y nos peleábamos por ella... o más concretamente, por decirle la más fabulosa mentira.

Con escasa lucidez cada semana nos contraponíamos.

Y nos exigíamos que el otro renunciara a Svetlana.

Que dejáramos de decirle palabras de tempraneros engaños.

Que nuestras lenguas no crearan a un insuficiente cosmos para atraerla

Esa era la manía por las que nos sonreíamos después de decirnos las cosas más soeces.

Lo hacíamos de manera que sonara como consejos o confesiones que así serían difíciles de desestimar.

En las callejuelas de afuera nos convertíamos en guerreros durante instantes de los que sabíamos que eran ilusorios.

Y añadíamos un plus de amenazas que elevaba al impacto frontal de

nuestras voces.

Las sospechas en el otro eran la forma con que solemnizábamos a nuestras vidas.

Nos poníamos a prueba en el puesto social más relevante.

Por entonces Svetlana no pertenecía a ninguno de los dos, sino a nuestro endiablado lenguaje.

Aportábamos palabrotas en el afán de conquistarla y nos arrojáramos feos epítetos.

Que a veces nos conducían a entusiasmados golpes.

(Estos eran el principal producto de nuestros malogrados talentos como soñadores).

Avanzábamos en una dirección violenta para matar al permanente aburrimiento.

Y al menos armar a un inteligible marco de nuestras vidas.

En esos enfrentamientos dábamos rienda suelta a nuestra capacidad creativa.

Ni decir que ella se cansaba de nuestro amor mísero.

O de ser la santa de la sensualidad que poníamos en nuestros pedestales.

Svetlana estaba tan cerca como a "la vuelta del correo", y nunca la vimos como lo que era:

El punto de partida de nuestro progresivo declive.

Ella consideró nuestra devoción como algo totalmente natural y justificado:

Éramos esa conjunción de musculatura y drama que se daba en todo hombre.

Recién con su ausencia supimos de la magnitud de lo que habíamos perdido.

Y que por mucho que nos atormentáramos jamás alcanzaríamos la redención.

Sólo nos quedó la persistencia de sus imágenes en nuestra memoria.

Y por estas nos convertimos en estatuas de piedra que se retrotraían en las plazas.

De todas formas, conveníamos en algunos horarios para vernos y rememorar a Svetlana.

Quien así pasó de ser una mujer a la perfecta idea de la feminidad.

Se convirtió en una imprecisa perspectiva de acontecimientos místicos.

Y más allá de la nostalgia, un recuerdo que asentaba su legitimidad en lo actual.

## II

A las tardes, el sol hacía arduos malabares para permanecer en el cielo, pero programaba en forma cíclica de su ocaso.

Su constancia era notable, y a veces las nubes lo ensuciaban con sus bordes grises.

Otras veces nos caían dagas en forma de gotas de lluvia, que nos obligaban a ponernos a buen resguardo en las salientes de los edificios.

Nuestro buen juicio se limitaba a que la humedad no se pegara a nuestros cuerpos.

A solicitar pertenencias a un espacio techado.

Dependíamos de esa dialéctica consistente de soles y lluvias, porque no podíamos enriquecer nuestras conversaciones con otras problemáticas.

Poco a poco dejábamos de trazar indagaciones o hacer pronósticos.

Ya no había soles fuertes ni nubes que lo acompañaran en el cielo.

Y decíamos lo mismo del clima una multitud de veces.

Ambos nos sabíamos culpables de no tener a Svetlana.

De haber sido negligentes en una inexplicable forma.

Y ahora ni siquiera podíamos practicar el arte de la alabanza o expresar

gratitud hacia ella.

Temíamos emitir una opinión.

Sentíamos a la peor decadencia:

La de no poder dar respuestas a las crisis.

Ya no competíamos por ella con rudimentarios modales.

Y considerábamos cómo una gran injusticia a las burdas trivialidades que habían constituido nuestras desavenencias.

Svetlana se había hecho viajera, y tal vez famosa.

La codicia fue la profesión de fe de esa mujer.

Y lo que marcó el punto de ruptura.

Temerariamente Svetlana se había dirigido a Ámsterdam o a París:

Ahí esperaba que hombres que emergían de las calles se presentaran en su penumbrosa habitación.

No les ofrecía proyectos utópicos, sólo quería que se reincorporaran al hado sustancial de los estremecimientos.

Svetlana decidió marcharse de la mezquindad, del provincianismo de Moldavia, de Revenko y de mí.

Fin